Por Lucas Capuano.

ANDREU NIN Y LEON TROTSKY: UN DEBATE PARA PENSAR LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA.

EDICIONES MASAS

BOLIVIA - 2026

Andreu Nin y Leon Trotsky: un debate para pensar la revolución española

Lucas Capuano Capuano Lucas Capuano

En este artículo, queremos traer al presente el debate político entre Andreu Nin, dirigente marxista catalán y fundador del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), y León Trotsky. Sus intercambios epistolares permiten abordar el balance de la Revolución española desde una perspectiva estratégica.

¿Quién era Andreu Nin?

Andreu Nin Pérez nació un 4 de febrero de 1892 en el pueblo de El Vendrell, España. En su juventud fue un activista por los derechos democrático-nacionales de Cataluña. Mientras estudiaba magisterio en la Escuela Normal de Barcelona, organizó grupos estudiantiles que adherían a la causa de la autodeterminación de Cataluña.

Para 1917, la Primera Guerra Mundial mostraba la capacidad destructiva del capitalismo, pero la Revolución rusa de ese mismo año, surgida de esa misma carnicería, mostraba una alternativa práctica al sistema. Al mismo tiempo, en Barcelona se desarrollaba una huelga general convocada por la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), de mayoría anarquista, y la Unión General de Trabajadores (UGT), de mayoría socialista. Ellos eran los principales sindicatos españoles. La Revolución rusa deslumbró a muchos jóvenes y obreros, entre ellos a Nin, quien se sumó a la CNT y luchó por su ingreso a la Internacional Comunista, sin tener

éxito.

En 1920 sufrió un atentado perpetrado por un grupo de pistoleros vinculados a las patronales, conocido como el “Sindicato Libre”, del que salió ileso. Sin embargo, su compañero anarquista, José Canela, que se encontraba junto a él, fue alcanzado por las balas y murió en el acto.

En los primeros días de 1921 viajó a Moscú como delegado de la CNT al congreso fundacional de la Internacional Sindical Roja (Profintern), que buscaba reunir a todos los sindicatos del mundo que apoyaran la Revolución rusa. Sin embargo, el sindicato se distanció del Profintern, luego del congreso. El aplastamiento del motín de los marineros de Kronstadt, en marzo de 1921, y la experiencia con el partido Bolchevique, aceleraron la ruptura.

Pero Nin permaneció en Rusia, donde asumió la secretaría general de la Internacional Sindical, cargo que ocupó hasta 1929. Durante esos años fue testigo del proceso de burocratización del Estado obrero encabezado por Stalin. Para combatirlo, se acercó a Trotsky, quien había fundaddo la Oposici´n de Izquierda,

En 1929, Trotsky fue expulsado de la URSS. Nin, sin embargo, permaneció en Moscú, en el anonimato. Durante ese período se dedicó a traducir buena parte de las obras de los revolucionarios rusos y a intentar difundirlas clandestinamente. Su traducción de Historia de la Revolución Rusa es la primera en idioma castellano. En una carta a Trotsky, le escribió: “Mi querido amigo. La traducción española de su libro está casi terminada. Ha llegado

pues, el momento de escribir el prólogo que me prometió y que yo juzgo, como usted, necesario. ¿Será posible recibirlo más o menos dentro de tres semanas?" (Pages, Cartas desde Moscú, pág. 119). Su experiencia en la URSS y su oposición a la burocratización estalinista le permitieron entablar una relación política y personal con Trotsky.

Nin y Trotsky: del vínculo en Moscú al debate en España

Nin volvió a Barcelona en 1930, huyendo de la burocracia estalinista. Pero a su regreso se encontró con un país atravesado por grandes transformaciones. España era un país imperialista atrasado. La alianza entre las viejas clases dominantes, el clero y la nobleza, había configurado un mercado capitalista en el que los grandes latifundios dominaban el mapa agrario, mientras el hambre y el desabastecimiento se extendían por campos y ciudades. La industria pesada se había concentrado principalmente en Cataluña y el País Vasco, dando origen a un nuevo proletariado fabril. Al mismo tiempo, distintas nacionalidades sufrían la opresión del Estado central. El ejército representaba mucho peso fiscal, mientras que el número de sotanas superaba al de estudiantes de enseñanza media y la Iglesia absorbía gran parte de los recursos estatales. La monarquía, encabezada por Alfonso XIII, administraba la decadencia de un imperio que alguna vez había sido el más grande del mundo y que ahora mantenía a sangre y fuego algunas posiciones en África, en particular en el Rif.

El lento declive, iniciado con la derrota en la guerra hispano-estadounidense, se profundizó a partir de la crisis mundial de 1929. En 1931, después de muchas movilizaciones y huelgas, el régimen

español ensayó un recambio en la forma de gobierno. La monarquía, que hasta entonces había sido la forma política que mejor había administrado los intereses de la burguesía, fue reemplazada por una república. Esta prometía preservar la rentabilidad de los sectores más concentrados bajo una nueva fachada democrática. La idea era: "cambiar algo para que nada cambie".

Se estableció entonces un gobierno de coalición, encabezado por los republicanos de izquierda y su dirigente, Manuel Azaña. Las condiciones de vida de las masas cayeron en picada producto del impacto de la crisis de 1929. Mientras tanto, el nuevo gobierno mantuvo una política de represión sobre el movimiento obrero, vía la Guardia Civil, y concesiones por arriba, como la libertad de culto, el voto femenino y la sanción de una nueva Constitución republicana. Sin embargo, se enfrentaba a problemas que la monarquía no había resuelto y que tampoco podía resolver la república burguesa: la cuestión de la tierra para los campesinos, la separación de la Iglesia del Estado y la autodeterminación de las nacionalidades.

Trotsky señalaba el punto de partida de una situación revolucionaria con ritmos lentos. Afirmaba: "Todas estas circunstancias obligan a esperar un curso más lento de los acontecimientos y permiten por consiguiente confiar en que se dispondrá de un plazo más largo para la preparación del partido y conquistar el poder" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 139). El movimiento de masas español, que había luchado contra la monarquía, debía ahora hacer su experiencia con sus partidos y sindicatos tradicionales: las organizaciones republicanas, los autonomistas y también los sindicatos anarquistas, como la CNT, y socialistas, como la UGT.

Nin dejó clara su caracterización de la República recién surgida: "¿Y el aparato del Estado? Sigue siendo el mismo que del antiguo régimen" (Nin, La Revolución Española, pág. 58). Para el dirigente catalán, el nuevo gobierno seguía siendo un gobierno burgués.

La República postergó la resolución de la cuestión agraria, así como los problemas de la Iglesia y de las nacionalidades. Nin coincidía con Trotsky en que sólo el proletariado en el poder podía garantizar la realización íntegra y efectiva de estas demandas. Sin embargo, el revolucionario ruso advertía: "Un peligro inmediato amenaza la revolución proletaria en España, que viene de la dirección actual de la Internacional Comunista" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 122). Aunque el Partido Comunista todavía tenía un peso reducido en España, Trotsky advertía que la creciente influencia del estalinismo y su política de descabezar toda tentativa revolucionaria podían convertirse en un obstáculo.

En 1931, Trotsky escribió a Nin planteando la necesidad de construir la Oposición de Izquierda, a la par de construir Juntas Revolucionarias, es decir, organismos de tipo soviético: "Es necesario ocuparse de inmediato en construir soviets obreros. A este respecto, la lucha por la democracia es un excelente punto de partida. Ellos tienen sus ayuntamientos, nosotros, los obreros, tenemos necesidad de nuestra junta local para defender nuestros derechos" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 114). La Oposición de Izquierda Española tomó finalmente el nombre de Izquierda Comunista Española (ICE).

Para Trotsky, las demandas democráticas constituían un punto de partida privilegiado para impulsar la autoorganización y luchar por

su conquista. Sus propuestas para avanzar en esa dirección eran dos. En primer lugar, crear una prensa oficial de la ICE que permitiera desarrollar una tarea sistemática de agitación y propaganda, con el objetivo de atraer al partido a jóvenes y trabajadores. En segundo lugar, trabajar por la unidad de las filas comunistas. Trotsky sostenía que, en los momentos de radicalización, el proletariado tendía a desplazarse hacia la izquierda y que era necesario confluir con esos sectores.

Nin tardó en acordar con la necesidad de un órgano de prensa para su grupo, que finalmente vio la luz el 15 de mayo de 1931, en formato revista, llamado "Soviet". Sin embargo, cuando fue clausurada poco tiempo después, la organización no continuó su publicación de manera clandestina. En cuanto a la unidad de las filas comunistas, el grupo de Nin tendió lazos con la Federación Catalano-Balear, un grupo regionalista catalán con base campesina, que había roto por derecha con el Partido Comunista de España. Este grupo sería posteriormente el embrión del Bloque Obrero y Campesino, organización con la que, finalmente, la ICE se fusionaría para dar origen al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), proceso que Trotsky terminaría criticando.

De sus intercambios con Nin, Trotsky extraía dos conclusiones. La primera era que Nin coincidía, en términos generales, con sus propuestas, pero que ese acuerdo no encontraba un reflejo en el accionar de su grupo planteando un excesivo propagandismo. La segunda aparecía en una carta fechada el 2 de julio de 1931, donde le planteaba directamente que "hay en usted un elemento de diplomacia" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 171). Con esta observación, Trotsky señalaba que el dirigente catalán concebía

la construcción del partido y la unidad de las filas comunistas no como una lucha política, sino como una sucesión de acuerdos con partidos de centro o conciliadores.

La revolución Asturiana, un examen crítico

En octubre de 1934 se desarrolló la Revolución de Asturias, en la que los mineros tuvieron un rol protagónico. Las Juntas Revolucionarias, conocidas como "Alianzas Obreras", se erigieron como organismos de autoorganización de la clase trabajadora. Estuvieron al frente de la coordinación de la lucha, y fueron fundamentales también para el desarrollo de la milicia obrera y para la gestión de las minas y las fábricas. Si bien el peso de los aparatos sindicales en el norte era importante, la revolución se inicia en Mieres y Langreo, zonas más alejadas de los centros neurálgicos, dando espacio para la formación de estos organismos.

Los asturianos, desplegando toda la fuerza creadora de la revolución, se lanzaron a la huelga contra el ingreso al gobierno republicano de ministros y diputados derechistas de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Pusieron en pie una verdadera Comuna, donde se colectivizó la tierra, se organizaron juntas de abastecimiento y se expropiaron minas y centros de producción, entre ellos la fábrica de cañones de Trubia. Sin embargo, la insurrección fue finalmente aplastada por las fuerzas del orden y la aviación, dirigidas por Francisco Franco, desde Madrid.

La dirección anarquista de la CNT, se sumó al movimiento en Asturias, pero se negó a convocar una huelga general porque no encontraba una vinculación suficiente entre los reclamos asturianos

y el del resto de los trabajadores. Esto permitió, por ejemplo, que partieran trenes abarrotados de soldados hacia Asturias para levantar la Comuna.

En este contexto, Trotsky le propuso a Nin que la ICE ingresara al Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Para entonces, el PSOE era el partido de masas más amplio de España, con miles de afiliados y una importante base obrera. Sectores de esa base comenzaban a radicalizarse y movilizarse con pancartas de Lenin y Trotsky. La propuesta del revolucionario ruso era la de intervenir sobre ese fenómeno antes de que el estalinismo pudiera capitalizarlo. La idea no era adaptarse políticamente al PSOE, sino ingresar en sus filas de manera transitoria para disputar a los sectores que giraban a izquierda, y posteriormente, salir con una base política y militante que permitiera avanzar en la construcción de un partido revolucionario. La táctica, conocida como "Giro Francés", consistía en ingresar como fracción a un partido de masas con base obrera para disputar políticamente a sus militantes, ganar a los más perspicaces y conquistar nuevos sectores para la estrategia y el programa revolucionarios. Nin nunca acordó con la propuesta. Consideraba que esta táctica podía significar una dilución de la organización revolucionaria en partidos conciliadores.

La derrota de Asturias produjo un retroceso coyuntural del movimiento de masas y fortaleció a la derecha. Comenzó entonces el llamado "Bienio Negro", encabezado por Alejandro Lerroux, que inició el desmantelamiento de las tímidas reformas impulsadas durante el período republicano reformista. El nuevo gobierno dependía del apoyo de la CEDA y debía garantizar la estabilidad

política necesaria para preservar los intereses y los negocios de la burguesía.

La fundación del POUM

En 1935, la ICE, dirigida por Nin, se fusionó con el Bloque Obrero y Campesino (BOC), dirigido por Joaquín Maurín. Se trataba de un partido regionalista catalán, con un programa mínimo, una importante base campesina y posiciones bujarinistas. De esta alianza surgió el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que, al igual que el BOC, adhirió al Buró de Londres, una coordinación internacional que nucleaba a distintos partidos socialistas independientes y organizaciones situadas por fuera tanto de la Internacional Comunista como de la socialdemocracia tradicional.

La formación del POUM significó también la ruptura definitiva de Nin con la Oposición de Izquierda y el final de sus intercambios con Trotsky. El revolucionario ruso cuestionó esta decisión. Al respecto, escribió: "Nin proclamó que estaba en contra de la entrada táctica de nuestros camaradas en el Partido Socialista. Pero luego de ello se alió a la organización provincial de Maurin, que no tiene ninguna perspectiva pero que le permite llevar una existencia tranquila" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 256). A párrafo siguiente, escribe: "La magnífica Juventud Socialista había llegado espontáneamente a la idea de la IV Internacional. A la insistencia que hemos puesto para que toda nuestra atención sea dirigida hacia la Juventud Socialista se ha respondido más que con evasivas. Nin no quería que los acontecimientos importantes vinieran a turbar su

actividad crítica y diletante. La Juventud Socialista se ha pasado entonces, casi entera al campo estalinista" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 260).

El Frente Popular, la traición de Nin y la ruptura definitiva con Trotsky

Frente al desprestigio del gobierno derechista, agravado, entre otras cosas, por distintos escándalos de corrupción, las masas expresaron su descontento a través de múltiples huelgas. El régimen se vio obligado a convocar elecciones para febrero de 1936. Para esas elecciones, los partidos republicanos, el PSOE y el Partido Comunista conformaron el Frente Popular, que levantó un programa basado en las demandas planteadas en 1931 y sumó una fundamental: la liberación de los presos políticos encarcelados durante el Bienio Negro. Esta política, acompañada por la ayuda económica de Moscú, contribuyó al fortalecimiento del hasta entonces débil Partido Comunista español. El POUM se sumó a esta alianza, subordinándose al estalinismo y a los partidos republicanos. Militó en la campaña electoral y aportó nombres para las listas.
Si bien la CNT no se sumó, dejó correr los votos de su base hacia el Frente Popular, lo que inclinó la balanza a favor de este. Tras el triunfo en los comicios de febrero de 1936, se conformó un nuevo gobierno, nuevamente encabezado por Manuel Azaña. Sin embargo, este se encontraba todavía más limitado que el de 1931. Estas serían las últimas elecciones libres en España hasta 1977.

Pero la dinámica de la lucha de clases desbordaba los límites del nuevo gobierno. El Frente Popular ganó las elecciones el 16 de

febrero de 1936. Al día siguiente, una movilización obrera abrió por la fuerza las cárceles de Valencia y Oviedo, liberando a numerosos presos de la Revolución Asturiana. En marzo comenzó una oleada de ocupaciones de tierras. Para los primeros días de julio, más de un millón de trabajadores se encontraban en huelga, reclamando, entre otras cosas, la reincorporación de los despedidos. Las masas no esperaron un decreto del Frente Popular: se lanzaron directamente a conquistar sus demandas. El propio Azaña, declaró: "Si los sindicalistas persisten en desobedecer las órdenes del Ministerio de Trabajo, el gobierno se propone declarar el sindicalismo fuera de la ley"

Es en este contexto donde la diferencia entre Trotsky y Nin se volvió insalvable. Frente a la radicalización de las masas, Trotsky sostenía que había que impulsar una política independiente de la burguesía republicana y del estalinismo, orientada a la construcción de organismos de poder obrero y a la preparación del partido. Para Nin, en cambio, el ingreso al Frente Popular era necesario para no quedar aislados de las masas. Así lo expresó: "Colaboramos con él conservando nuestra independencia de partido revolucionario. Esto nos permitió propagar nuestras posiciones y no aislarnos de las masas que no hubieran comprendido una actitud de no colaboración" (Nin, "El problema del poder en la revolución", pág. 5).

Los constantes atajos en la construcción de una alternativa revolucionaria para la etapa abierta en España configuraron una política centrista en Andreu Nin: una oscilación entre posiciones revolucionarias, por un lado, y posiciones reformistas, por el otro. La subordinación al Frente Popular terminó debilitando la

posibilidad de que el POUM pudiera ofrecer una dirección política independiente al proceso revolucionario.

El alzamiento de Franco y la respuesta obrera: se desata la revolución
La burguesía cerró filas y acudió a golpear las puertas de los cuarteles. El general Franco, al frente del alzamiento, se sublevó en Canarias, el general Mola en Navarra, Goded en Cataluña, y Queipo de Llano en Andalucía. El levantamiento contó con el apoyo de una parte importante del ejército, aunque no logró imponerse de manera inmediata en todo el territorio. El programa de orden, monárquico y fascista de los sublevados también encontró respaldo en el plano internacional: Alemania, bajo Hitler, e Italia, bajo Mussolini, apoyaron militarmente a Franco.

Pero mientras el gabinete del Frente Popular negociaba con los generales sublevados, la clase obrera salió a las calles e impidió que la República se rindiera ante los fascistas. En Barcelona se requisó el transporte, se levantaron barricadas y se organizaron juntas de abastecimiento y comités. Los trabajadores asaltaron armerías para conseguir fusiles y municiones, ocuparon fábricas y pusieron nuevamente en funcionamiento numerosos centros de producción. También fueron ocupados hoteles lujosos, como el Ritz, que pasaron a cumplir nuevas funciones sociales, con la instalación de comedores populares y lavanderías. Las mujeres desempeñaron un papel destacado tanto en el frente de batalla como en las barricadas. Una de las conquistas más importantes surgidas de este proceso fue la legalización del aborto, aprobada por el gobierno catalán de la Generalitat. El general sublevado, Manuel Gobed, fue arrestado por las milicias obreras y fusilado.

El ejemplo de Barcelona se replicó en Madrid, donde los albañiles desempeñaron un papel clave en el enfrentamiento con la reacción. Valencia y Asturias hicieron lo propio. Jóvenes y trabajadores solidarios de distintos países acudieron a España como voluntarios para combatir al fascismo, formando las Brigadas Internacionales. Algunos llegaron espontáneamente a alistarse en las milicias. Otros fueron parte del proceso de institucionalización de las mismas, donde la burocracia de la URSS intervino en su organización, buscando ejercer un control político sobre ellas. En distintas regiones de la zona republicana se generalizaron los comités, las juntas de abastecimiento y otras formas de autoorganización obrera.

La sublevación, que esperaba una rendición rápida, no logró ocupar las principales ciudades donde la resistencia obrera había frenado a los militares. El mapa español quedó entonces dividido en dos: una zona sublevada, donde la reacción había triunfado, y otra republicana, donde la movilización obrera había impedido la victoria de los sublevados. En esta última comenzó a desarrollarse una situación de multiplicidad de poderes, por un lado el poder del gobierno del Frente Popular y sus instituciones, y por el otro el poder obrero naciente, asentado en los comités, las juntas revolucionarias y las milicias.
La revolución española había comenzado y daba origen a una de las experiencias de autogestión obrera más profundas de Occidente.

El POUM intentó organizar sus propias milicias, pero lo hizo por fuera de los sindicatos y de los organismos de autoorganización. En lugar de intervenir en esos espacios para disputar su dirección

política, construyó estructuras propias sobre la misma base del partido. Buscaba, al mismo tiempo, no distanciarse demasiado de la dirección anarquista y evitar una confrontación política abierta con la CNT. Trotsky criticó duramente esta orientación:"No organizaron sus propias células en la CNT y en general no hicieron ningún trabajo en ella. En lugar de ello construyeron sus propios sindicatos, sus propias milicias que defendían sus propios edificios y se ocupaban de sus propios sectores en el frente" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 384).

Doble poder en Cataluña

Nin decía al respecto de la situación política: "En Cataluña, el 19 de julio se hundió el poder burgués, se disolvió el aparato estatal de la burguesía. El único poder era el proletariado en armas" (Nin, El problema del poder en la revolución española, pág. 301). Pero en la zona republicana existía un doble poder. En Cataluña, si bien existía un poder obrero, también se mantenía el gobierno de la Generalitat, que buscaba institucionalizar la lucha contra Franco. Nin equivocó la caracterización al plantear que el poder obrero se había impuesto definitivamente sobre el poder burgués. Un ejemplo de este error aparece en la siguiente anécdota: el 21 de julio de 1936 una delegación de la CNT acudió a las oficinas del gobierno de la Generalitat. El presidente, Lluís Companys, ofreció entregar el poder a los anarquistas. Pero estos, armas en mano, se negaron, aduciendo estar en contra de todo tipo de gobierno. Se resolvió entonces, crear un Comite Central de Milicas Antifascistas. A partir de allí, el gobierno de la Generalitat, en sintonía con la política del Frente Popular, se propuso reconstruir la autoridad del Estado

burgués.

Siguiendo su caracterización, Nin ingresó a la Generalitat como ministro de Justicia. Desde ese lugar, firmó decretos tendientes a desarmar los trabajadores. Justificaba su accionar diciendo: ”Lo importante es el programa y la hegemonía proletaria, que deben ser garantizados. No pueden quedar dudas sobre una cosa, el nuevo gobierno debe hacer una declaración de principios inviolable, afirmado su intención de convertir el impulso de las masas en legalidad revolucionaria”.

Sin embargo, la experiencia de Nin en el gobierno catalán duró poco. En diciembre de 1936 fue expulsado de la Generalitat. Frente al armamento de la clase obrera y su desafío consciente al orden capitalista, la contrarrevolución democrático-burguesa y estalinista operó al interior de la retaguardia republicana. Combinó persecuciones, desarme de las milicias e ilegalización de partidos de izquierda y organizaciones anarquistas con la represión de los comités. Sin embargo, el avance de la contrarrevolución, chocaba contra los obreros armados, que buscaban resistir y defender las conquistas revolucionarias. En este contexto, el POUM quedó en una posición contradictoria: expulsado del gobierno, pero todavía condicionado por la política que había sostenido como consejero crítico dentro de la Generalitat y el Frente Popular, terminó ocupando un lugar testimonial frente a una dinámica de lucha que desbordaba los marcos de su política.

La derrota de las jornadas de mayo en Barcelona. El secuestro y la desaparición de Nin

En mayo de 1937, en Barcelona, se dio el cénit de esta contrarrevolución. Frente al intento de las fuerzas gubernamentales de tomar la Telefónica, bajo control de obreros anarquistas, se montaron barricadas y se desató la lucha callejera. Los obreros se enfrentaron contra la propia dirección republicana y estalinista, que finalmente logró doblegarlos. Mientras tanto, la CNT y el POUM llamaron a preservar las posiciones y a abandonar las armas. El levantamiento de los obreros se produjo así no solo sin su dirección, sino también contra ella. Frente a esta política, un sector de la CNT, miembros de la "Columna Durruti" y las juventudes se desprendieron y formaron la agrupación "Amigos de Durruti", que levantó un programa de poder obrero y defendió la necesidad de no abandonar las armas. La derrota de las jornadas de mayo abrió el paso al franquismo, que avanzó sobre un ejército republicano cada vez más debilitado.

El argumento de los comunistas y de la burguesía republicana era: la revolución espantaba y retaceaba la ayuda de la URSS, que, a través del PC, exigía la institucionalización de las milicias como condición para comenzar a hablar de una asistencia internacional. Según ellos, primero había que ganar la guerra y luego hacer la revolución. Sin embargo, ambas estaban dialécticamente ligadas. Los mismos que enfrentaban a los sublevados eran los obreros que buscaban un corte revolucionario con el pasado. Fortalecer a esos obreros organizados, cumpliendo con las demandas de las masas, podía quitarle al franquismo su base de sustentación y permitir

derrotarlo en el terreno militar.

Durante 1937, la represión gubernamental sobre la clase obrera se profundizó y el PC radicalizó sus métodos de guerra civil contra las milicias y los militantes de izquierda. En junio de 1937, Nin fue secuestrado por la NKVD, la policía política del estalinismo, al salir de una reunión del Comité Ejecutivo del POUM, en plena Rambla. La operación secreta, conocida como "Nikolai", tuvo como objetivo descabezar al POUM. Nin fue acusado falsamente de trotskista y colaboracionista con Franco, cargos que el estalinismo utilizaba habitualmente contra quienes se oponían a su política.

El responsable de la operación fue Alexander Orlov. Uno de sus protagonistas, Jesús Hernández, miembro del Partido Comunista Español y emisario de Stalin, relató en su libro La Grande Trahison: "Nin hubo de soportar la tortura y el dolor de los tormentos más refinados. Al cabo de algunos días su cara no era más que una masa de carne tumefacta. Orlov, frenético, aterrorizado por el escándalo que podía significar su propia liquidación, rugía de rabia ante este hombre enfermo que agonizaba sin confesar y sin denunciar" (Hernández, La Grande Trahison, pág. 105).

Si bien los hechos posteriores a su secuestro permanecen poco claros, se sabe que Nin fue trasladado a una prisión de Alcalá de Henares, donde ingresó con datos falsos, y poco después llevado a la casa del jefe de la aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros. Según la narración de Hernández, allí Nin fue torturado mediante el método de despellejamiento, pero nunca brindó información sobre sus compañeros a sus captores. Producto de las heridas recibidas,

finalmente fue asesinado y su cuerpo desaparecido. Hasta el día de hoy se desconoce su paradero.

Clase, Partido y Dirección

Luego de los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, Trotsky analiza por qué fue derrotado el proletariado español. En su escrito de 1940, "Clase, partido y dirección", plantea que no fue porque el proletariado no estuviera lo suficientemente maduro, como quiso justificar el Partido Comunista Francés desde su periódico Que Faire?.

"Las masas que habían intentado abrirse un camino hacia la vía correcta han descubierto que la construcción, en el fragor del mismo combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución era una empresa que sobrepasaba sus propias fuerzas" (Trotsky, La Victoria era Posible, pág. 430).

Trotsky plantea que la revolución española fue derrotada por el rol de su dirección. Las mismas organizaciones que se decían obreras y de izquierda hicieron todo lo posible por estrangular el proceso: desde la traición abierta del PCE y los republicanos, hasta el rol centrista del POUM y los anarquistas. La formación de una dirección revolucionaria preparada requiere tiempo y experiencias previas, de las que no se dispone durante el transcurso de la revolución. Por eso plantea que "la victoria es una tarea estratégica". No es fruto de una utópica "completa madurez" del proletariado, donde, sin direcciones revolucionarias, este podría tomar el poder. Ni tampoco de la sola acción del partido.

Mientras Nin cedía ante las presiones conciliadoras del Frente Popular, Trotsky planteaba la necesidad de sostener una política independiente, dando una lucha dentro de las organizaciones obreras para forjar militantes y confluir con la vanguardia. Al mismo tiempo, otorgaba a los organismos de autoorganización un carácter estratégico: ya que permiten coordinar a los distintos sectores en lucha y pueden convertirse en la base de un nuevo poder obrero, en órganos capaces de disputar a la burguesía la dirección de la sociedad. Además, estos cumplen un papel fundamental como puente entre el partido revolucionario y las masas. Es a través de ellos que el partido puede intervenir en los procesos de lucha y ganar influencia sobre sectores cada vez más amplios.

Para Nin, en cambio, la independencia de clase estaba dada por el programa, mientras que los organismos de autoorganización tenían un carácter contingente. Desde esta perspectiva, una organización podía reivindicar un programa correcto y, al mismo tiempo, justificar políticas que en la práctica implicaban diluirse en frentes reformistas o intervenir de manera corporativa en los sindicatos. En uno de sus últimos escritos, se justificaba: “Los sindicatos gozan de un gran prestigio y autoridad entre los trabajadores, existen desde hace muchos años y son considerados por la clase obrera como sus organismos naturales (…) ¿Por qué —se nos objeta— a pesar de todo el partido no hizo nada para crear comités? Porque dado que las masas obreras no experimentaron la necesidad de su creación se hubiera convertido en una tentativa estéril” (Nin, “Los órganos de poder y la revolución española”, pág. 339).

Conclusiones

Este artículo fue escrito en agosto de 2026, desde el sur de Buenos Aires. Más de 10.000 kilómetros nos separan de Madrid y han pasado ya 90 años de historia desde los hechos que intentamos relatar. Sin embargo, no abordamos la experiencia española ni el debate entre Nin y Trotsky únicamente por interés histórico. Lo hacemos también porque sus lecciones pueden servirnos para preparar las luchas que, más temprano que tarde, surgirán.

El proletariado argentino hoy está altamente feminizado y tiene rostro nativo y migrante. Pero también una gran parte es nieto o bisnieto de aquellos obreros que el franquismo y la burguesía monárquica no pudieron matar.

Una enseñanza fundamental, creemos, es la siguiente: el desarrollo histórico del siglo XX dio pruebas de que, en épocas de ascenso de la lucha de clases, el proletariado tiende a agruparse en organismos de autoorganización. Como en Alemania fueron los Räte, en España las Alianzas Obreras o las Juntas, en Irán los Shoras, en Italia los Consejos Obreros y en Chile los Cordones Industriales. Sin embargo, como también nos enseñó el siglo XX, si la construcción de estos organismos no es acompañada por la construcción de un partido revolucionario que intervenga en ellos y los dote de un programa y una estrategia para vencer, quedarán a merced de la conciliación de clases y de las fuerzas de la reacción burguesa, sus bandas parapoliciales o sus ejércitos.

Pero no podemos limitarnos a esperar que estos organismos surjan espontáneamente de un ascenso de la lucha de clases. Allí donde surjan, el partido revolucionario debe intervenir y disputar su

orientación política; y allí donde todavía no existan, debe contribuir a su construcción, impulsarlos desde la coordinación y unidad de cada lucha y reclamo, para que, ante futuros ascensos de la lucha de clases, los trabajadores cuenten con organismos propios desde los cuales disputar el poder.

Queremos cerrar este artículo honrando la memoria de los obreros y obreras españoles, de aquella juventud que acudió desde los lugares más remotos a luchar contra el fascismo. Las generaciones pasan pero las lecciones quedan, y debemos tomarlas como propias para intervenir mejor en las luchas del presente y del futuro. Las revoluciones no son obra de individuos excepcionales, sino de la acción consciente de las masas.